

que mis trajes parduzcos le ofuscaban la vista, y de que yo echaba á perder el color local de aquello.

Me acuerdo también que una vez (en aquel baño moruno que tenían los árabes, y donde tarareaban la última opereta de Lecok, ¿se acuerda usted?) se empeñó en no bañarse, y devolvió con dignidad el blanco *gandourah*, porque yo me disponía á entrar en las pilas.

Jamás hemos podido ser buenos amigos, más que de lejos. Es un hecho efectivo: usted busca siempre contienda.

Evoco estos recuerdos sin la menor amargura, y crea usted que no despiertan en mí más que una dulce piedad. Es verdad que dos hombres tan extraños, tan complicados como usted y yo, muy difícilmente llegan á entenderse.

Las circunstancias, los flúidos, han depositado en torno nuestro tantas cosas estrambóticas, que hay en nosotros un montón de individuos diferentes, sin contar toda clase de animales. Estos seres y estos animales aparecen alternativamente, según el caso, hablando, obrando, en lugar del ser íntimo y profundo que permanece como pegado á ellos por detrás, inerte y atónito, en una especie de laxitud conmovedora.

Cuando usted, por ejemplo, presenta un gato, y

yo respondo con un perro; ó bien si me aproximo, fino y cortés, y encuentro en usted al salvaje, al tártaro ó al paguano (que aparecen á menudo), es claro que la entrevista no será muy cordial. Mientras que á su hermano de usted, Ives, muy sencillo, muy equilibrado, y al mismo tiempo muy rico y muy intenso en su personalidad, se está siempre seguro de encontrarle en sí mismo. Es él, no otro alguno, y responde siempre á lo que hay en usted de más vivo y de más constante en todos los casos, que es el hombre primitivo.

El hombre primitivo, el salvaje prehistórico, mi querido Loti, es el que hay en el fondo de la personalidad de usted. Y esto, que es particularmente suyo, es lo que da á todos sus libros esa excentricidad que engaña á los tontos; es el menosprecio que parece usted hacer de las cosas modernas; es esa cómoda independencia, con la cual parece usted desprenderse de lo que treinta siglos han aportado á la humanidad, para volver á los sentimientos simples del hombre primitivo ó á los de los animales antediluvianos de los mares del Sur, que nos explica usted á cada paso. Sólo que usted emplea todos los recursos del hombre civilizado para hacer inteligibles esos sentimientos, llegando á ellos con cierta mesura; esto no puede negarse.

Pero me declaro incapaz para colocarle entre ninguna clase de escritores; es usted excepcional, con una personalidad propia, determinada, y ninguno podrá dar á usted su nombre; se engañará siempre el que quiera darle una designación conocida, en tanto que los médicos alienistas, los paleontólogos ó los veterinarios habituados á cuidar las ballenas enfermas en los grandes mares del Sur no se propongan hacer la crítica literaria de usted. Vea usted el mirlo blanco, se ha dicho que era una urraca, un grajo, una paloma torcaz. Nada de esto; es un animal aparte. Lo mismo que usted, querido Loti; es el único en su modo de ser, y no pertenece á ninguna especie conocida.

Loti.—Y usted no es más que un canario, mi buen Plumkett.—Pasemos adelante. Voy á hablar á usted de un pergamino viejo, que la casualidad me hizo encontrar un día en el granero, en el fondo de una de esas arcas de encina que usaban nuestros abuelos. Estaba todo empolvado, y los gusanos habían dibujado encima sus complicados arabescos. Lo abrí distraído. Pero me llamó la atención el nombre de Samuel R. sobre la cubierta, y tuve curiosidad de leerlo. (Este Samuel R. era uno de mis antepasados, y yo había oído hablar mucho de él á su biznieta, mi abuela). Aquello era sencii-

llamente su libro de cuentas. Había escrito mes por mes los gastos de su vida.

«El 10 de Agosto de 1695, compré un caballo en 100 libras.

Pagué los salarios de mi criada Suzon, 2 libras.
Pagué los salarios de mi criado Mateo, 5 libras.»

En seguida venían las cuentas de los salineros, los jornales de los que recogían la sal de las marismas, y después, en cada otoño, un gran número de jornales suplementarios para las vendimias, y después una gruesa suma para la comida de fiesta de los vendimiadores.....

Y yo pensaba en aquella actividad tan antigua y tan semejante á la nuestra —y en aquellas recolecciones de las viñas al sol de 1690..... La letra, muy ancha, muy cerrada, se parecía á la de los viejos misales; era casi gótica. Pasé varias hojas.

Los años de mi abuelo Samuel se sucedían muy semejantes, con los gastos perfectamente equilibrados. Pero la letra, poco á poco se hacía menos clara, y después las cuentas se acabaron: mi abuelo había acabado también, sin duda, sobre aquella última página, su vida regular y patriarcal. Continué hojeando: muchas hojas blancas, y después caí sobre otras cuentas, muy graciosas por cierto; la letra, menos antigua, era de niño; los renglones, muy

torcidos, estaban llenos de borrones y de muñecos, que danzaban entre las letras desiguales.

Evidentemente, el viejo registro, ya inútil, había caído en manos de los niños, que habían escrito en él cuentas para divertirse:

«Vendí á Enriqueta una vara de cinta rosa por tres alfileres.

Vendí á Juanita dos varas de encaje de Alençon, por doce avellanas.»

Yo reconocí aquellos nombres. Estas niñas eran mi abuela y mis tías (mi tía Berta, la última, había muerto á los noventa y dos años).

Bajo la primera República, hácia 1798, se habían divertido jugando á las tenderas, lo mismo que las niñas de nuestros días.

«El 24 de Mayo hice un sombrero con plumas, para la señorita María Juana, que le he vendido á crédito por una onza de cerezas...»

¡Qué forma tan especial debía tener aquel sombrero con plumas!..... Habían jugado á la modista. Y hojeando aún, entre cada hoja encontré algunos sobrantes de cinta y de puntilla, que habían puesto allí en prensa—de aquellas cintas sombreadas, matizadas, que se usaban antes, y que es moda copiar en la actualidad. El fondo de su almacén de muñecas había dormido allí durante un siglo—y

yo estaba muy pensativo delante de aquellas reliquias de cien años. Trataba de representarme aquellas niñas, rehaciendo su fisonomía según los antiguos retratos ó las caras octogenarias entrevistadas en mi infancia; las veía en el traje de su tiempo: un trajecito sencillo, con sus rizados á la griega, cayendo sobre un terciopelo que les estrechaba la frente—divirtiéndose en sus recreos del *decadi*, á la luz de un sol más joven que el nuestro.

Y después encontré pensamientos disecados, tallos de lirio y otras flores de primavera. Conservaban aún sus colores: ¡y las niñas que los habían cogido, después de haber sido abuelas, muy amadas, no eran en aquel momento más que polvo!....

Todavía más: ¡mariposas calcadas! Siguiendo un procedimiento infantil, habían puesto las alas entre hojas de papel engomado, que habían conservado impresos su color y su forma. Eran las mariposas azules, con alas negras y rosadas, de las que se ven volar en las tardes de Mayo por encima de los altos henos en flor.—Estaban tan frescas como si se hubieran cogido el día antes.....

También fué una tarde de Mayo cuando hice aquellos descubrimientos. El sol poniente iluminaba por la ventana el viejo pergamino y las flores centenarias; y yo volvía á ver con colores dulces y

extraños aquellas primaveras muertas, ya pasadas-y desaparecidas en el eterno polvo de la nada.....

He limpiado piadosamente aquel libro venerable, amigo Plumkett, y lo he puesto en mi cuarto, dentro de mi *secrétaire*. Lo he abierto después algunas veces, pero pocas, por miedo de estropearlo, por temor de que aquel encanto de los meses de Mayo de otros tiempos, que duerme bajo el pergamino amarillento, no fuese desapareciendo poco á poco de entre las hojas, por abrirlas demasiado á menudo.....

Plumkett.—Por casualidad, mi querido Loti, es una flor linda y fresca la que me acaba usted de mandar—por más que sea una flor de cien años. Yo también intentaría á veces enviárselas á usted menos ajadas, si no tuviésemos la costumbre de deshojarlas en cuanto las recibimos, para tirárnoslas mutuamente á la cabeza. Ultimamente, yo esplanaba una teoría fisiológica muy interesante, y usted empezó á gritar que era un *hueso de muerto*, y que le daba miedo; y después me ha interrumpido usted con un cuento árabe, que producía sueño, sin dejarme tiempo de deducir las conclusiones.

«Nosotros somos máquinas,» había yo dicho—y esta es una verdad, digna á fe de monsieur de la Palisse, que es uno de mis autores favoritos. ¿Pero

no somos nada más?... Siempre es este el punto de interrogación terrible, y convendría tratar de no permanecer en él. Después de haber pensado en todo, esforcémonos en elevarnos hasta la contemplación de *otra cosa*, donde nuestro pensamiento pueda detenerse y reposar en paz.

La máquina que destila el pensamiento, el amor, es felizmente inexplicable todavía. Si desde los fenómenos cerebrales observables pasamos á los de la conciencia, *pensamientos* ó *voliciones*, encontraremos siempre, entre unos y otros, lo incomprendible, el abismo.

La filosofía moderna nos dice que los fenómenos morales y mentales son las dos fases, *objetiva* y *subjetiva*, de la misma cosa, que es la *actividad del ser humano*. Pero ¿comprenderemos mejor una cosa ininteligible, porque la digamos en una fórmula concisa? Y he aquí siempre el término á donde conduce toda filosofía y toda ciencia: la más grandiosa de las formas, que puede revestir á los ojos de nuestro espíritu, lo Inconcebible, lo Incomprensible, lo Incognoscible.....

Nos abismamos hasta las últimas profundidades; y una vez allí, nos debatimos en dificultades penosas, en medio de congeturas infantiles.....

Y bien: yo no encuentro, sin embargo, tan mala,

tan inservible, como usted quiere decir, esta moderna filosofía: nos lleva, al menos, á la manifestación evidente de nuestra ignorancia completa y nuestra incapacidad para salir de ella. Y esto ya es algo, mi querido Loti, porque deja un campo infinito, abierto al corazón y á la fantasía, y afirma la noción de eso *Incognoscible*, que puede ser Dios!.....

Las religiones nacen de este sentimiento de lo incognoscible. Son interpretaciones groseras ó sencillas de él: son períodos de la evolución del espíritu humano. El espíritu en nosotros, seres perfeccionados, va más lejos que ellas; no puede acomodarse á sus dioses. Pero aproximándonos más que lo han hecho las religiones del pasado á los límites de la concepción humana, vemos también más claramente estos límites que se levantan ante nosotros infranqueables, misteriosos—y detrás de los cuales debe haber un Dios. El Dios verdadero está más arriba y más lejos de lo que dicen los cristianos; sepamos, sin embargo, que es imposible que no haya uno, y hagamos lo que ellos: *Adorémosle*.

Que sirvan estas conclusiones para disipar las incertidumbres y los dolores. Elévase usted sobre las cosas vulgares, y repose en el seno de estas hermosas contemplaciones. Descubrirá usted en ellas un

encanto consolador, que acaso le haga un día amar la vida.....

Sexto diente de león.

Loti.—He soñado, amigo Plumkett, que le iban á hacer á usted la operación del trépano, y era un carpintero, marinero de nuestro barco, el que ejecutaba este trabajo, según las indicaciones de un médico alienista á quien habíamos consultado. Yo cumplía cerca de usted mi oficio de amigo: durante la operación le hacía á usted compañía y le animaba con buenas palabras. Su cabeza de usted producía un sonidito hueco y cascado, como un coco hendido. Cuando estuvo hecho el agujero, vimos aparecer en la abertura las antenas de un gran escarabajo, que había construido su nido en la masa cerebral de usted. Entonces nos retiramos discretamente el operador y yo, para no interrumpir, y el animal salió. Después de aquél vino un segundo, después dos, luego tres, diez..... Salieron muchos, y por último, algunas arañas también.

«¡Ah! ¡ya me encuentro mejor!»—dijo usted. En efecto; emitía usted ideas que tenían cierta correlación, y hasta que no carecían de sentido común. Entonces experimenté una sensación penetrante,

que me despertó.... Estaba acostado sobre los almohadones del sofá, donde me había dormido después de la fatiga de una noche de guardia. Usted estaba sentado cerca de una portañola, rodeado de algunos otros que le escuchaban.

Les hablaba usted de Kant y de Spinoza, de la razón pura y de la razón práctica..... Entonces comprendí que había estado soñando.....

A cada momento me dice usted, amigo Plumkett, que la más alta filosofía puede ser resumida por las dos enunciaciones siguientes: «Nosotros no comprendemos nada de nada;» «nosotros no sabemos nada de nada.»

Muy exacto, querido maestro; sólo que ya lo sabíamos hace mucho tiempo. Y vístase el asunto como se quiera, para darle un *encanto consolador*, nada podrá oponerse á estas dos verdades.

Hay en un punto de las costas de nuestro país una isla arenosa, comarca que no tiene ninguna belleza apreciable, y de la que no quiero hacer á usted una descripción muy larga. Bosques de pinos, por donde pasa el viento de la mar: salinas donde, durante los cálidos días del estío, la sal, cuidadosamente recogida en pequeños montones, blancos como la nieve, despide un olor particular que los aldeanos llaman «olor de violeta,» y que se parece,

en efecto, al de las violetas agrestes;—y alondras á millares, cantando en toda estación, á grito herido, su canción alegre y elevándose hasta el cielo.

Grandes playas de arena, batidas y removidas á menudo por las olas del Oeste; sobre las dunas, alfombras de violetas y claveles color de rosa, tan olorosos, que envían su perfume, á lo lejos, á las embarcaciones que pasan. Pueblos de pescadores, con casitas bajas, muy bajas, como hundidas en el suelo, por temor á las ráfagas y ventarrones que soplan del Océano; pobres pueblecillos blanqueados, como los pueblos árabes, limpios hasta el extremo, con alelíes, rosas, florecillas brotando por todas partes, entre el pavimento blanco de sus pequeñas y solitarias calles. Los hombres, ennegrecidos por el sol y el viento del mar. Las ancianas, con grandes cofias blancas. En todas las cosas un encanto de sencilla honestidad, modesta y patriarcal. Estos detalles son muy pueriles, ¿no es cierto, según la filosofía de usted?.....

Yo sueño con aquel país en este momento, amigo Plumkett, porque es allí donde he experimentado en otro tiempo las impresiones religiosas más vivas. Es el país de mi familia, y cuando era niño me llevaban algunas veces á esta isla, en la que poseíamos unas salinas.

Es aquella una tierra de infieles, y mis antepasados, que lo habían sido también, dormían el sueño eterno en un pequeño cercado particular, como era costumbre antigua en las familias heréticas, para las cuales estaban cerrados los cementerios próximos á las iglesias. En aquellos templos del campo, blancos y sencillos, como las aldeas, y bañados por el sol, es donde, siendo niño, me he sentido más cerca de esa figura radiosa que se llama Cristo. Me acuerdo también de cierta imagen pintada que, en mis primeros años, tenía para mí un encanto incomparable, y la cual prefería á las láminas iluminadas y doradas de los mejores libros. Representaba á Cristo, sentado sobre una piedra, atrayendo á sí á algunos niños hebreos que llevaban los piés desnudos. Tenía escrito encima aquel pasaje del Evangelio: «Dejad venir á mí á los niños.»—Detrás del Cristo había un paisaje de la tierra de Canaan: un campo árido y pedregoso, una melancolía de abandono en la cálida luz; un no sé qué de inexplicable que me hizo comprender la Judea.....

Más tarde, cuando he visto por mis ojos el Oriente bíblico, he encontrado allí esta melancolía y esta luz que había adivinado ya; he visto vivo el país de mis ensueños infantiles..... Solamente la fé no exis-

tía en mí ya, y era entonces el Islám lo que ocupaba mi imaginación.....

¡Era muy bella, amigo Plunkett, aquella imagen representando á Jesús y á los pequeñuelos de Israel! ¡Y qué luminosas irradiaciones tenían en otro tiempo estos nombres, casi divinos: Belén, Getsemaní, Gólgota!..... Cuando comencé á crecer se oscureció, se borró muy de prisa ese Cristo de mi mente, por los predicadores plañideros, por los libros absurdos, por todo ese séquito incoloro que se arrastra detrás de su personalidad luminosa—y me encogí de hombros—perdiendo la fé por completo.

Hasta pasado largo tiempo, cuando ya fuí hombre, no supe desligarlo de esa confusión y de esas gentes mezquinas, para encontrarlo puro y bello, y rendir todavía á aquel Dios, maltratado y herido, un homenaje de admiración.....

Bajo una forma más pagana, más tenebrosa, he encontrado aún al Cristo, en otra época de mi vida, en las iglesias de granito de las aldeas bretonas.—¡Oh! aquellas viejas capillas, aisladas y misteriosas en los bosques de hayas, y aquellos calvarios en los rincones de los caminos, que encontrábamos por la tarde en nuestros paseos de verano, mi hermano Ives y yo..... ¿Es que todo aquello está vacío, que

no es nada?.... Llegará tiempo en que no habrá allí más que las plegarias de tantas generaciones, plegarias por los muertos, plegarias de confianza ó de agonía, flotando como espíritus en la noche en torno del granito secular.....

No quiero hablar á usted de los mártires cristianos; su época es anterior á nosotros, y no podemos comprenderlos apenas. Pero en nuestro siglo y en nuestra generación—yo pienso en estos desterrados, en esos jóvenes, compañeros nuestros, que he visto morir por todas partes, arrastrados por las heridas, las fiebres, los contagios, los excesos; he visto filósofos, como usted, oprimidos por la agonía final, retorciéndose las manos en angustias horribles—y otros pobres marineros—los más sencillos—pasar á la nada, tranquilos, tendiendo los brazos á Cristo, con una plegaria infantil, con una sonrisa inexpresable, ante el momento supremo de los temores.

Todo esto es exacto, lo concedo; todo me causa piedad—pero no veo nada con que sustituirlo—y, por tanto, déjeme usted tranquilo con su filosofía, que me fastidia.....

Plumkett.—Muy *Musset* está todo eso, mi pobre Loti; muy *dicho* y *redicho*.—Hasta demasiado, *Musset*; pero le perdono á usted, porque sería necesario

que el hombre dejase de ser hombre, para que no volviera todos los días sobre las mismas cosas. Es preciso que usted se convenza de que hay una poesía necia, como hay una filosofía necia; y, en una palabra, que todo acaba por ser necio.

Loti.—Mi cielo ha ido cada vez poniéndose más sombrío, Plumkett, desde la época ya lejana en que ví extinguirse esta imágen del Cristo, que iluminaba dulcemente mi infancia. Al presente, procuro vivir entre amigos extraordinariamente sencillos—de esas gentes que crecen como las plantas sanas dan sus frutos, y después saben morir cuando llega la hora.—Las gentes sencillas, las cosas sencillas, esto me da reposo y me refresca; después de haber sido el muchacho más complicado del mundo, vuelvo dulcemente la vista al modo de ser de los más primitivos. Y qué pesado es tratar á personas como usted y como yo.—Qué extravagantes, inútiles y desconcertadas parecen nuestras existencias al lado de las de estos amigos sencillos que he escogido.....

Solamente que es demasiado tarde, ¡ay! para volverse sano, como ellos; ya no es posible.

Tengo mucho que hacer para llegar á su estado primitivo; estoy siempre entre ellos, como haciendo una comedia; por encima de sus cabezas veo á

lo lejos las profundidades sombrías que ellos no saben ver—y entonces maldigo con toda la amargura de mi alma á los hombres y á la casualidad que me han hecho lo que soy.....

Ni aún el amor sé sentirlo como lo sienten aquellos que han permanecido sencillos. Para mí aparece mezclado con algo de extraordinario y mortal; una preocupación del *más allá*, una angustia, una inquietud de ver que todo se acaba.....

¡Oh! ¡habla usted de lo incognoscible!..... ¿Pero qué nuevo misterio es éste? ¿De dónde proviene ese encanto poderosísimo que tienen los seres hermosos? ¿de quién son la imagen? ¿qué hay de radiante en torno de esos mármoles, que después de vivir siglos y siglos, permanecen eternamente admirables? ¿qué hay en esas estatuas griegas, en esas Venus, en esos torsos de las mujeres antiguas? Lo único que no engaña es la juventud, la belleza visible de las criaturas terrestres..... Yo creo que esta forma de lo *Incognoscible* es la más poderosa, la más manifiesta para nosotros—y la adoro..... Y esta adoración no es solamente material; es un sentimiento supremo, sublime, que me dá por instantes la noción del infinito y de Dios.—Si el alma existe, en el amor es donde mejor he comprendido su presencia, donde más la he sentido amalgamada con mi carne.....

¿Qué es lo que yo quería de esas muchachas á quienes he amado, nacidas en diferentes países de la tierra—pobres salvajes á veces—ó recogidas en las calles, simplemente porque eran bellas? ¿qué es lo que yo deseaba de ellas? ¿Cree usted que nada más que su forma admirable? ¡Oh! no era eso sólo, porque yo las amaba, las he amado tanto algunas veces, que hubiera querido morir con ellas, darles una fe y una creencia en Dios, y conducir las á otra vida, confundidas eternamente conmigo.....

Cuando vuelvo la vista atrás y las encuentro en mi memoria, me avergüenzo de haberlas podido olvidar, de no recordar la expresión adorada de sus ojos ni el encanto de su país, amado por su causa, ni nuestros sueños de fe y de eternidad; este olvido me confunde y me dá conciencia de lo que es la nada humana, y comprendo que soy un sér miserable, impotente para encontrar y conservar ese *algo* de que tengo sed—impotente para aproximarme á lo *Incognoscible*—incapaz de eternidad.....

¡El amor!..... Es, en suma, lo que ha quedado después del aniquilamiento de todo.—El amor, sin el cual no hay más que sombra y muerte.—El amor, que ha cambiado para mí los aspectos de las cosas, de los países, que me ha hecho deliciosas las miserias y me ha envenenado las prosperidades.....

El amor, que me ha embellecido ciertas comarcas de la tierra, con ese encanto misterioso que me he esforzado inútilmente en comprender, en fijar, en traducir, por humanas palabras..... En suma, yo no he vivido más que por el amor—en la vida no veo más que el amor.....

Y antes de que termine mi juventud, quisiera que me enterrasen en la misma fosa que aquella á quien ahora amo, pues temo que esta forma de lo *Incognoscible*, que trato de abrazar en ella, se me escape todavía y caiga de nuevo en el vacío; temo dejar de amarla, temo que los años, que vendrán lentamente, nos debiliten y nos hundan en la nada. Estoy tan cansado de ensayarlo todo, tan fatigado de abrir mis brazos para aprisionarlo, que aceptaría con gozo esta muerte y esta sepultura de los ños unidos mientras somos jóvenes. Aquí acabaría todo, y yo me complacería de este fin. Querría solamente que se la modelase antes en marmol, para mostrar aún á las generaciones venideras cuánta era su belleza..... Y sobre este mármol, que sería de color de ámbar, yo trazaría en torno de sus ojos un rasgo negro—para imitar la sombra de sus pestañas, más espesas que las pestañas pintadas de las mujeres árabes—para darle ese no sé qué que hay en su mirada, y que adoro sin poderlo explicar; ese

no sé qué, que es raro y delicioso—sobre todo cuando se la mira de cerca, muy de cerca; cuando casi se la toca.

Quisiera que en la fosa la echaran sobre mí, para que la descomposición de su cuerpo pasase á través del mio..... Pero no en esos cementerios saturados de muertos, en ese suelo donde se pudren en confusión todos los restos humanos, no; en cualquier sitio de los bosques, donde estuviésemos solos para hundirnos juntos en la tierra y pasar á las raíces, á las ramas, á las musgosas. Es pueril, es vulgar lo que escribo, Plumkett; se ha dicho y redicho, antes que usted y yo hubiéramos abierto los ojos al sol de este mundo..... Pero, ¡qué quiere usted! En nuestra época gastada no se puede pensar nada nuevo, nada que no haya servido ya á todo el mundo..... Y yo siento todo esto tan vivamente, que quisiera ser capaz de expresarlo de una manera más conmovedora que aquellos que han pasado antes que nosotros por la tierra.....

.....
El Cristo..... Me acuerdo del día en que confesé este nombre por la última vez de mi vida..... Fué durante el tiempo que permanecí en Stambul. Había admitido en mi casa á un vagabundo israelita, pobre muchacho que había jugado su vida y aban-

donado su país por seguirme..... y después, un día que me sentía malo, perverso—yo no sé por qué, le despedí. Se fué, dirigiéndome una mirada de angustia inolvidable. Y luego, acordándose de que la capa que llevaba era mía, se la quitó y la dejó en el suelo antes de traspasar la puerta. Era una mañana de invierno; vestido como un pobre y con el frío de Diciembre, se iba resueltamente y sin mirar atrás.

Pero cuando estuvo lejos, sentí que me encontraba solo en Stambul, y que aquel servidor despedido era el único amigo que tenía en el país. Sobre todo, el remordimiento de mi mala acción me oprimía el alma. Allá abajo, al otro extremo de aquella gran ciudad, en la escala del viejo Serrallo, había embarcaciones dispuestas para marchar á Salónica, su país. Pensé que habría ido á embarcarse allí, y salí corriendo, con el temor de llegar tarde. Pregunté, interrogué á todo el mundo, á los bateleros que conocíamos y á los patrones de los barcos. Nadie le había visto. Uno de ellos, que era amigo suyo, me dijo: «Vaya usted á preguntar al rabino Ezequiel, de la sinagoga de Balata, que le había tomado cariño; estará en su casa, sin duda.» Cuando llegué al cuartel judío de Balata, era la tarde de un sábado; un verdadero crepúsculo de invierno, el

primero del año, caía como un sudario; esta primera impresión de frío sorprendió y heló mi imaginación.

Hacía un frío penetrante, sin un soplo de aire; el cielo estaba gris, todo igual, y presagiaba nieve muy próxima. La gran ciudad oriental, que las gentes se representan á distancia enteramente blanca bajo su ardiente sol, tenía una obscuridad profunda bajo aquella bóveda plomiza. La tierra y el empedrado de las calles estaban negros; todas las casas viejas de madera, altas, panzudas, deformadas, resquebrajadas—estaban negras también ó pintadas de ocre sombrío y de moreno rojo. No había fresco ni brillante, en medio de aquella vetustez oscura, más que los trajes de los judíos que se paseaban, desocupados, por las silenciosas callejuelas, guardando la inacción impuesta para el sábado.

Estaban vestidos con sus largos trajes de fiesta, en los que había grandes contrastes de colores muy brillantes. Unos eran de color de naranja con pieles negras, azules con pieles amarillas, verde y rosa guarnecidos de marta y negros guarnecidos de armiño.

Todos eran vendedores del gran bazar y hablaban en voz baja de sus negocios suspendidos; se paseaban lentamente, con las babuchas en chancleta,

como con miedo de mancharse con la tierra negra de aquellas calles, recelosos de estropear sus vestidos claros, y miraban arriba, en aquel cielo, el anuncio de la nieve que iba á caer.

Andaban con aire sosegado, taciturno, con ese aspecto humilde de animal perseguido, que han tomado los judíos en los países musulmanes, donde se los tiene bajo el látigo como á los perros. Yo me había perdido, y pregunté el camino de la sinagoga, que me indicaron mirándome con aire sospechoso.

Era casi de noche cuando entré en aquella sinagoga subterránea, enterrada como todos los edificios sobre los que han pasado los siglos. Hendiduras en las bóvedas, un olor acre de moho y de polvo. Dorados viejos, cosas caducas y extrañas que se confundían en la obscuridad. El candelabro de siete brazos, poco diferente, sin duda, del del templo de Salomón, destacaba á favor de un último rayo de luz, su contorno rígido y extraño de objeto simbólico. Las inscripciones de las paredes estaban formadas por esos caracteres milenarios, con los cuales se escribe el nombre de Jehová en el centro del triángulo misterioso, que significa Dios. Todo aquello impresionaba y producía el sentimiento del santuario del pueblo judío, de la noche y de los terrores místicos del pasado.

Los sacerdotes de Israel estaban sentados en el fondo, cerca del Tabernáculo. Les pregunté por el rabino Ezequiel; entonces uno de ellos me condujo á una cripta baja con las paredes cubiertas de inscripciones hebreas. Y llamó: ¡Ezequiel!

Un anciano con barba blanca vino hacia mí, y preguntó: ¿Qué me quieres? Me han dicho que tú sabes dónde está Samuel, hijo de Abraham, de Salónica.

—Quizá..... Sí, está en mi casa. Entonces, ¿eres tú quien le ha despedido?.....»

Y después, bajando la voz, acercándoseme mucho y fijando en mí sus pupilas penetrantes, dijo:

—¿Eres tú israelita?

—No,—respondí yo, estremeciéndome á esta pregunta, que hacía revivir todos mis recuerdos bíblicos.

—¿Eres cristiano ó mahometano?

Iba á responderle: mahometano, porque llevaba el gorro turco, y era mi diversión por entonces el jugar al musulmán, sobre todo, á la vista de los judíos. Pero me pareció de pronto que iba á cometer un odioso perjurio. No me atreví á tanto y respondí: «¡Cristiano!,» confesando aun una vez este nombre de dulzura extraña, que no es comparable á ninguno de los nombres de la tierra, y por el cual, si yo hubiera tenido fé, hubiese ido gozosamente á

buscar la muerte de los misioneros en las vanguardias del cristianismo.....

Plumkett.—Me he dormido durante su historia de usted, Loti; y por esto siento mucho no poder demostrarle todo el interés que hubiera tomado ciertamente por ella. Me he dormido, y como usted, he tenido un ensueño. Soñaba que estaba en cátedra, delante de una numerosa concurrencia, en una sala que me parecía ser una de las de la Sorbona. El asunto de que trataba era: *De la embriogenia en el cerdo de la India*. Había señoras que tomaban apuntes en sus cuadernos, y el auditorio parecía estar euteramente cautivado.

Satisfecho de mi éxito, pensaba deslizar en aquel curso de historia natural una palabra agradable dirigida á usted. Sabiendo que un notable conferenciante ha establecido relaciones entre usted y el fénix, yo, que no creo en los animales fabulosos, prefería compararle al *ornitorrinco*, animal extraño, pero real; punto aislado en el mundo de los irracionales, como usted lo es en la fauna antropológica de nuestros climas.

En aquel momento me sentí sacudido por la manga, y caí al punto en ese estado intermedio entre el sueño y la realidad, que en usted es, así lo creo, casi permanente.

A través de aquellas visiones incoherentes y confusas de las que no pueden dar cuenta ninguna clase de palabras, como usted dice bien, oí estas frases burlonas:

¡Choui dio Koola, choui dio Koola!.....—No era el chocolate tradicional el que me ofrecían, mi querido Loti, porque yo me despertaba en Pekin, en una celda del monasterio de los Padres Lazaristas. Nó; era una taza de té verde, llamado *Soutchong-tcha* que me ofrecía *Y-ko-yentsing* (un ojo solo), antiguo rey de los truanes de la corte de los milagros de Pekin, recientemente tocado por la gracia eficaz y convertido en doméstico en casa de los buenos padres.

En su lenguaje gangoso, y con cierta cadencia, *Y-ko-yentsing* me dijo que el tiempo era bueno para la estación (estábamos en Enero y á 25 grados bajo cero); que los caballos esperaban en el prado; y, en fin, que era la hora de levantarme para ponerme en camino. (La víspera, algunos buenos padres y yo habíamos formado el proyecto de ir á almorzar al *Yen-ming-yuen* ó *Jardín de la luz esférica*, que es el antiguo palacio de verano de los emperadores chinos).

Charlando mucho, *Un ojo solo* me iba dando una á una las diversas piezas de mi traje, y yo me ves-